

GALERIA  
ENRIQUE  
GUERRERO

## *PINTÉ UN CUADRO Y TE DOY TIPS PARA HACER EL TUYO*

### **FRANCO AROCHA**

Alguien pasea por Ciudad de México. El pintor-paseante deslocaliza su deriva, se deja fascinar tal vez por la novedad. Exilio voluntario de su propia cartografía emocional. ¿Cuánto trae, él mismo, en la mirada, donde la negación de su virginidad es un peldaño hacia la construcción de un lenguaje? El secreto sigue siendo el rostro de las cosas, pero: ¿soy yo -es él, el pintor desubicado- quien siente que desvela algún secreto? El pintor-paseante se asombra. De la inmanencia de las ruinas, de la ubicuidad del polvo, de la extraña completud de lo inconcluso. Mientras, la ciudad semi-ajena y semi-propia se sigue acumulando sobre sí misma, casi sin vestigios de su propia sedimentación. Donde las formas no siempre se saludan entre sí, y vienen siendo, más bien, un ritmo. Los saludos ambiguos de los rostros. Arenas movedizas del detritus del paisaje. Y el pintor-paseante se pregunta: ¿será el paisaje paisaje? Nos habíamos amado tanto -la ciudad y yo-; nos habíamos odiado tanto - la ciudad y yo-. Nos conocíamos como yo a la palma de mi mano, es un decir: ¿conoces realmente la palma de tu mano? Entonces, el pintor-paseante se empieza a sentir apátrida, se pregunta por la raigambre de su pintura, como el historiador sin historia. Puede, incluso, que desconfíe de su gesto. Y entonces, tal vez, lo reafirma, como las arrugas evocan el tiempo sobre la piel: los muros tienen piel -pregúntenle al muro- se acaba diciendo él mismo. Busca, pero no lo busca. Hay alguien que pasea por ciudad de México. Y al que le gustaría redactar una receta de la repetición. Una - a sabiendas- imposible receta de la repetición. Como una forma de trivializar el arte - como una post-moda de la bienintencionada democratización del arte- que no acaba sino reafirmandose en el propio gesto. Ahora: aurora: nuevos continentes, antiguos brillos, patrimonio del paseante.

Fernando Renjifo

GALERIA  
ENRIQUE  
GUERRERO